

# INTERCAMBIO

**Editorial**

**La derrota de la  
“normalidad”:  
la pandemia vista  
desde Italia**

**The defeat of “normality”:  
the pandemic seen  
from Italy**

.....  
**Tiziano Distefano**

E-ISSN 2619-6131



## Editorial

# **La derrota de la “normalidad”: la pandemia vista desde Italia\***

## **The defeat of “normality”: the pandemic seen from Italy**

**Tiziano Distefano**

Tiziano Distefano es Ph.D. en Economía, Mercados e Instituciones del IMT Institute of Advanced Studies of Lucca, Italia, con una tesis que abordó temas tales como: escenarios de largo plazo sobre recursos hídricos y cambio climático, riesgos sistémicos y teoría de juegos evolutiva aplicada a los acuerdos ambientales internacionales. El profesor es B.A. y M.A. en Economía de la Universidad de Pisa, Italia, y, Economista de esta misma institución. Cuenta con una amplia trayectoria investigativa en instituciones como el Politecnico di Torino (DIATI), el Cambridge Centre for Climate Change Mitigation Research, la Universitat Autònoma de Barcelona y el Departamento de Economía de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín. Sus artículos aparecen publicados en revistas internacionales tales como Nature Sustainability, Ecological Economics, PloS One, Economic System Research, entre otras. Sus líneas de investigación se



Intercamb. Rev. Estud.  
Economía. N°. 4  
Medellín, enero-diciembre 2020  
109 pp. E-ISSN 2619-6131  
pp. 12-24

---

\* La Revista Intercambio agradece al profesor Distefano por su amable vinculación a este proyecto estudiantil con la elaboración de la editorial para el presente número en el marco de los debates de la pandemia Covid-19 del año 2020.

enmarcan en macroeconomía ecológica, comercio internacional, recursos hídricos y cambio climático, input-output, teoría de redes, teoría evolutiva de juegos, filosofía y economía epistemológica.

### La derrota de la “normalidad”: la pandemia vista desde Italia

Al inicio de febrero, cuando regresé a Italia, empezaron a difundirse las primeras noticias sobre el brote de un “coronavirus”- como lo llamaban los medios antes de la clasificación científica de SARS-CoV-2 – en un pequeño pueblo del norte de Italia, hasta entonces completamente desconocido para la mayoría. Se trata del municipio de *Codogno*, que tiene alrededor de 16 000 ciudadanos, y que está a menos de una hora en automóvil de Milán. Comenzamos a respirar un aire de preocupación mezclado con la ironía y el espíritu irreverente que caracteriza tanto a los italianos. A pesar de las medidas draconianas implementadas en el corazón productivo y tecnológico chino (Wuhan) y las imágenes de películas distópicas de los controles hechos en Corea del Sur, prevaleció un optimismo obstinado y una confianza inquebrantable en el hecho de que, como siempre, la epidemia no podría dañar la armadura de invulnerabilidad que parecía cubrir a los países del llamado “primer mundo”.

Dos episodios me sorprendieron a fines de febrero, cuando ya había más de mil afectados y algunas docenas de muertos en Italia: el primero se refería a la difusión de videos y comerciales que alababan el atemporal espíritu empresarial y comercial, unido a la devoción casi religiosa al trabajo, que impregna la Pianura Padana, y que se puede resumir con la repetición obsesiva de los hashtags *#Milanononsiferma* – que significa Milano no para con su “normalidad” y, por ende, con sus actividades económicas – y *#Bergamamononsiferma* (le pido a los lectores no italianos que tengan en mente el nombre de la segunda ciudad, *Bérgamo*, situada a pocos kilómetros de Milán, que será nombrada más adelante en esta historia). En resumen, se difundieron varias proclamas apoyadas por muchos políticos locales, entre ellos el presidente de la región de Lombardía, Fontana, y el jefe de la “Lega” (partido de extrema derecha), Salvini. Según ellos, las actividades económicas no debían ser interrumpidas y no debíamos dejarnos llevar por un miedo

irracional, sino continuar la vida de siempre. Un ejemplo emblemático fue el anuncio de un arrendatario que ofreció gratuitamente su propia casa en Airbnb durante 10 días para vencer la desconfianza de los turistas a visitar precisamente esa zona que, en pocas semanas, se convertiría en una de las áreas más afectadas en el mundo. A esto se sumó que el 19 de febrero se decidió jugar el partido de La Champions League Atalanta-Valencia en Milán, donde viven miles de aficionados que acuden al estadio. El Atalanta es el equipo de fútbol profesional de la ciudad de Bérgamo. El segundo episodio se refiere a la ciudad donde vivo, Viareggio, a pocos kilómetros de la Torre de Pisa. Fue durante el último domingo de febrero que empecé a entender que se estaban corriendo riesgos enormes. Aunque el gobierno había decidido declarar toda la región de Lombardía – territorio con 10 millones de habitantes y donde se genera cerca del 23 % del Producto Interno Bruto (PIB) italiano – “zona roja” (por primera vez en Italia) e incluso suspender el famoso carnaval de Venecia, en Viareggio se resolvió hacer el carnaval sin importar las posibles consecuencias. Tengan en cuenta que Viareggio está ubicada en Toscana, una región separada de Lombardía solo por un cinturón de montañas de pocos kilómetros donde se levantan los Montes Apeninos. Los que no están familiarizados con el carnaval de Viareggio, piensen que en un domingo soleado pueden coincidir más de cien mil personas en poco más de 2 km de calle. En retrospectiva, se puede decir que solo evitamos un desastre sanitario por casualidad.

¿Cómo fue posible tal nivel de descuido y subestimación del riesgo? ¿Por qué las autoridades italianas – y a continuación aquellas de muchos países europeos vecinos y del mundo (rico) que serían devastados pocas semanas después – ignoraron las alarmas lanzadas por la Organización Mundial de la Salud (OMS), por el Gobierno chino (que de hecho había construido un hospital *ex novo* en menos de dos semanas, conscientes del peligro que corrían) y por epidemiólogos, sin importar que la crisis estaba ya en marcha y, por lo tanto, ya no era solo un riesgo hipotético?

Antes de intentar delinear algunas de las condiciones que llevaron a tal situación de emergencia y de las posibles consecuencias, cito dos extractos del libro “Spillover” de D. Quammen (cursiva en el texto original, mi traducción):

Cualquier Cassandra bien informada habla incluso del *Next Big One* [...] como de un hecho inevitable [debido a] una epidemia letal de dimensiones catastróficas... (p. 45). El punto importante, según los investigadores, era que los *wet market* [chinos] eran lugares ideales donde los coronavirus del tipo SARS «podían amplificarse y transmitirse a nuevos huéspedes, incluidos los humanos [...]» (pp. 200-201).

¡Noten que el libro fue publicado en 2012! Irónicamente, este libro ha sufrido el mismo destino del famoso mito de *Cassandra* que cita, narrado por uno de los poetas más famosos de la antigua Grecia. La profetisa había estado también condenada a que no le creyeran. Así, las profecías, a menudo siniestras que ella proclamó se hicieron realidad a pesar de ser evitables. Como cualquier otro mito, este también esconde un fondo real. Lo saben bien los científicos y todos aquellos que se dedican a estudiar los problemas ambientales que durante décadas han anunciado las catastróficas consecuencias del cambio climático y que sistemáticamente son ignorados. Piensen, por ejemplo, que Georgescu-Roegen, economista y matemático del que hablaremos más adelante, anunciaba el peligro del calentamiento global debido a la combustión de energía fósil ya en 1971. Entonces, la pregunta se repite: ¿por qué las sociedades están dispuestas a asumir riesgos enormes – pandemias, derretimiento de glaciares y pérdida de biodiversidad – y a condenar a los estudiosos al ingrato destino de *Cassandra*? Como se verá, la respuesta está, al menos en parte, en el modelo económico seguido.

El mundo moderno se basa en una estructura tecnológica sin precedentes, generalizada y necesaria para el desempeño de casi todas nuestras actividades. Con esta estructura se ha rediseñado y contraído el espacio-tiempo dentro del cual avanzamos a través de un proceso de globalización que ha visto su máximo desarrollo en el nuevo milenio. Actualmente es posible viajar de un continente a otro en pocas horas, estar conectado con personas y empresas de todo el mundo, y estar informado de los hechos en tiempo real. La principal consecuencia social es el desarrollo de una *forma mentis* totalmente enfocada en el presente, o más bien, en el instante inmediato. La narración de los eventos (guerras, incendios, desórdenes sociales, etc.) se sigue de modo totalmente independiente y se superponen de tal manera que caen rápidamente en el olvido. En este escenario, la planificación del futuro, la implementación de medidas

preventivas y, sobre todo, la comprensión de los posibles factores que (co-)causan un evento resulta más que incomprensible, inconcebible. Un cambio de perspectiva haría que el mundo que nos rodea sea menos aleatorio a pesar de nuestra incapacidad para comprender sus infinitos matices y su increíble complejidad. Por lo anterior, no creo posible discutir lo que sucedió, está sucediendo y podría suceder en Italia sin volver brevemente sobre la historia y a los supuestos ideológicos que llevaron a la imposición del sistema económico actual.

Para nuestros propósitos es suficiente la definición de la sociedad moderna proporcionada por K. Polanyi en su obra maestra “La gran transformación” (1944):

Una economía de mercado es un sistema económico controlado, regulado y dirigido sólo por los mercados; el orden en la producción y en la distribución de bienes se confía a este mecanismo *autorregulador*. Una economía de este tipo se deriva de la expectativa de que los humanos se comporten de tal manera que logren una *ganancia monetaria máxima*. [...] [Entonces] el orden en la producción y distribución está garantizado sólo por los *precios*. (pp. 88-89, la cursiva y la traducción es mía).

En esta breve definición se encuentran los pilares en los que se basa el pensamiento neoliberal que guía la agenda política de casi todos los gobiernos del mundo y que dictan los programas de los cursos de economía de las principales universidades. Se asume que el mercado es el mejor mecanismo para regular la producción y la distribución, y es capaz de generar un equilibrio óptimo entre la demanda y la oferta, y, por ende, puede asignar en modo eficiente los recursos escasos. Esta confianza reside en la famosa metáfora de la *mano invisible* atribuida al fundador de la economía política moderna, Adam Smith<sup>1</sup>. Según esta concepción, si los privados (entendidos como empresas y consumidores) son libres para perseguir sus intereses personales a través del intercambio de bienes dentro del mercado, se obtiene el mejor resultado social posible (suponiendo que el bienestar se puede reducir al mero consumo de bienes). De esto se deriva que el papel y la intervención del estado deben ser reducidos al mínimo

---

1. The Wealth of Nations, 1776.

(orden, justicia y defensa). Además, si los precios son el único indicador al cual hacer referencia, y si contienen toda la información relevante para tomar decisiones, entonces cualquier bien y servicio capaz de satisfacer las necesidades debe ser transformado en mercancía, es decir, producido sólo con el propósito de ser intercambiado por dinero en el mercado para generar ganancias. Este marco ideológico ha justificado el predominio de las opciones económicas sobre las sociales y las ambientales con una rápida escalada desde siglo XIX en adelante. De hecho, la metodología que ha estado a cargo de las decisiones políticas es la llamada análisis de costo-beneficio. Tengan en cuenta que este procedimiento requiere una conmensurabilidad entre las variables tomadas en consideración, es decir, todas las decisiones deben ser reducidas a un único plano, mediante el uso de una unidad de medida universal: la moneda. En pocas palabras, todo lo que no se puede convertir en precio pierde valor y no merece ser tenido en cuenta. De aquí se deduce que el objetivo final de cada país deba consistir en un crecimiento económico continuo, medido por el famoso producto interno bruto. Cada posible “obstáculo” que pueda impedir o ralentizar la carrera debe entonces eliminarse. Pero, ¿cuáles son estos “obstáculos”?

Para responder a esta pregunta, me referiré sólo a algunos factores particulares que están relacionados con la pandemia en curso. La primera fuente de divergencia protagonista de los trastornos históricos durante el siglo XX se originó indudablemente en el choque entre capital y trabajo. La división entre los que tienen los medios de producción y los que solo disponen de la fuerza laboral generó lo que los economistas llaman el “mercado laboral”, i.e., gran parte de la población se ve obligada a vender su tiempo y capacidad (como si fuera una mercancía<sup>2</sup>) a cambio de un salario, y quiere que este sea lo más alto posible, o que al menos permita vivir con dignidad. A los reclamos salariales se unen aquellos relacionados con el derecho a un trabajo seguro y a la asistencia en caso de dificultades (por ejemplo, pensiones, prestaciones por desempleo, etc.). Por otra parte, los empresarios ven el trabajo como uno de los factores productivos y, por lo tanto, como un costo que debe ser

---

2. Vea la definición de “mercancía ficticia” de K. Polanyi (1944 [2010]).

minimizado. ¿Qué sucede si este conflicto se extiende a todos los campos de la producción, como la *sanidad* (producción de medicamentos, servicios de tratamiento, hospitalización, etc.)? Es decir, ¿qué implica un sistema de salud cada vez más privatizado? Por un lado, los trabajadores de la salud, aunque altamente calificados, recibirán salarios bajos. Y, como consecuencia de estos salarios, muchos médicos y enfermeras decidirán buscar clínicas privadas. Además, quienes deciden hacer estudios universitarios tienen pocos incentivos para elegir la facultad de medicina. En fin, las compañías sanitarias privadas intentan reducir al mínimo el personal para reducir los costos asociados.

La lógica del mercado incentiva la cura *ex-post* a expensas de la prevención *ex-ante*, pues será mucho más remunerativo curar a los pacientes enfermos que necesitan de medicinas y equipos que educar a la población sobre un estilo de vida más sano. De lo anterior surge una primera paradoja: una sociedad sana no es económicamente rentable (si el sistema sanitario es privado). ¿Qué pasó con la asistencia sanitaria italiana? En Italia nos enorgullecemos de tener uno de los mejores sistemas de salud del mundo y, de hecho, el servicio en general es bueno y la atención está garantizada para todos. Sin embargo, Italia también ha sufrido un largo período de reformas neoliberales, en muchos casos apoyadas por los partidos que se autodefinían de “izquierda”. De 2012 a 2019, el gasto sanitario tuvo una reducción de aproximadamente 37 000 millones de euros, pasando del 7 % al 6.6 % del PIB<sup>3</sup>. Por otro lado, las contrataciones de médicos jóvenes se redujeron tanto que Italia es el país con los médicos de más edad de Europa: el 55 % tienen más de 55 años. Además, los sindicatos declararon que de acuerdo con la demanda sanitaria faltan al menos 5 000 médicos. El bajo número de unidades de terapia intensiva por millón de habitantes (solo 2.61 en comparación con la media europea de 3.68 y 6.06 en Alemania) seguramente ha desempeñado un papel importante en la pandemia, así como la composición demográfica (es el segundo país más longevo del mundo) y los hábitos sociales (más del 20 % de los italianos entre los 30 y 49 años vive con los padres, mientras en Alemania sólo el 5 %)<sup>4</sup>.

---

3. Se llega al 8.9 % si se incluye el gasto privado, porcentaje muy inferior al registrado en Alemania (aprox. 11.1 %).

4. Vea el reporte “Health at a Glance Europe 2018 de la OECD.

Un segundo obstáculo radica en la contradicción que surge de la aplicación de la lógica del mercado a las especies vivas, ya sean animales o vegetales, lo que ha provocado una gran pérdida de la biodiversidad a nivel mundial, tanto que los científicos anuncian el peligro de una sexta extinción en masa. Además, la distribución de la biomasa se ha reducido en proporciones considerables. Piensen que solo el 4 % de los mamíferos y el 30 % de las aves viven aún en su entorno natural, mientras el 60 % de los mamíferos y el 70 % de las aves están en granjas. La causa de esta transformación es la extensión de granjas intensivas, ¡solo en Italia se sacrificaron más de 600 millones de animales terrestres en 2018! Como es bien sabido, la agricultura intensiva tiene grandes impactos en términos de emisiones de CO<sub>2</sub> (es la responsable de más del 20 % de las emisiones), uso de agua (1 kg de carne de res requiere 15 000 litros de agua) y deforestación. Aquí hay una segunda paradoja: la conservación de la naturaleza y de los ecosistemas no es rentable económicamente. En cualquier caso, por el vínculo inseparable entre los sistemas antrópicos y los ecológicos hay repercusiones dantescas. De hecho, la explotación intensiva de los recursos provoca tanto el cambio climático como las condiciones ideales para la multiplicación de las probabilidades de contagio de virus de animales a humanos<sup>5</sup>. Al final, la economía también se verá duramente golpeada como lo demuestra la recesión mundial en curso.

El último obstáculo que quiero tratar puede parecer un simple ejercicio intelectual, pero, como se verá, tiene implicaciones prácticas en los procesos de toma de decisiones. Desde finales de 1800, los economistas, fascinados por la elegancia y el poder predictivo de la física newtoniana, han querido hacer también de la economía una “ciencia dura” a través del uso cada vez más extenso de las matemáticas. Junto con las matemáticas, los economistas heredaron una visión simplificada y determinista del mundo. Aunque, por supuesto, las matemáticas resultan ser una herramienta para entender lo que ocurre, en economía el formalismo matemático ha sido la única preocupación de los economistas neoclásicos durante más de un siglo, a pesar de las consecuencias catastróficas

---

5. Las zoonosis representan más del 60 % de las enfermedades infecciosas que afectan a los humanos.

que resultan de aplicar la lógica del mercado a la esfera social y ambiental. Para obtener resultados analíticos “elegantes” los economistas elaboraron una serie de suposiciones que no se sostienen desde el punto de vista social y ambiental. Algunos ejemplos de una lista que es mucho más larga son: el hombre es un ser perfectamente racional que siempre toma las mejores decisiones, es egoísta, individualista e insaciable y no está influenciado por el contexto social. Además, la historia no es relevante para entender los procesos económicos y, *dulcis in fundo*, la naturaleza no constituye un límite para el crecimiento económico. Georgescu-Roegen en su obra “The entropy law and the economic processes” (1971) hizo una crítica severa a esta visión del mundo. En resumen, al aplicar los principios de la termodinámica – en particular el segundo que se refiere a la entropía – mostró cómo la economía está íntimamente ligada a los procesos físicos y naturales. Entre las consecuencias más importantes de su pensamiento subrayo dos aspectos: i) fue el promotor de la aplicación de un pensamiento sistemático que estaba en grado de tener en cuenta la complejidad del mundo. La entropía impone una direccionalidad en el curso de los acontecimientos del pasado al futuro. Por ende, dada la naturaleza contextual de la evolución biológica, de acuerdo con el tiempo y a la escala espacial, no se puede asumir simetría temporal porque, una vez se ha emprendido un camino, muchos otros quedan irreversiblemente excluidos. Este hecho, unido a la incertidumbre intrínseca (ontológica), la imprevisibilidad del futuro y los efectos de retroalimentación (contrarios a la visión lineal de la economía neoclásica) determinan el abandono de una visión determinista. De aquí se deduce que los problemas sociales y ambientales no se pueden resolver con medidas “técnicas” unívocas, sino que la sociedad debe decidir sus prioridades y objetivos. Para que esto sea posible, la población debe asumir un rol activo y contribuir a las decisiones en conjunto con las instituciones y la ciencia<sup>6</sup>, ii) George-Roegen reconoció que la economía debe tener un rol instrumental y no finalista en la vida humana, es decir, sólo tiene sentido en la medida en la que puede contribuir a la felicidad humana. De aquí surge una tercera paradoja: una sociedad feliz, satisfecha y

---

6. Vea Futowicz, S. and J. Ravetz (1994). The worth of a songbird: Ecological Economics as a post-normal science. *Ecological Economics* 10(3), 197-207.

políticamente activa no necesita el crecimiento económico. En términos reales, una visión que ve a la economía como un fin y no como un medio ha sido una de las principales causas de los retrasos por parte de los gobiernos a aplicar medidas restrictivas para contener la epidemia, y que se han traducido en la actitud irresponsable ejemplificada con el hashtag #Bergamononsiferma. Los sindicatos italianos denunciaron que más del 60 % de las empresas manufactureras de Bérgamo no suspendieron sus actividades durante ningún momento del *lockdown* (Bérgamo tiene una economía que se basa en gran medida en las exportaciones). Esta visión miope resulta doblemente desastrosa: la economía sufrirá una caída más fuerte que si se hubieran tomado medidas preventivas y, sobre todo, la cantidad de muertos es seguramente mayor que si se hubiera intervenido con prontitud.

¿Cuál es la situación en Italia después de casi dos meses de *lockdown*, ahora que la llamada “fase 2”, caracterizada por la reapertura gradual de las actividades económicas y sociales, finalmente comenzó? Emerge una división de Italia en términos del impacto de la epidemia, con el norte (rico) golpeado fuertemente, mientras que el sur sufre un impacto limitado. Los datos sobre la diferencia de las muertes en el primer trimestre de 2020 en comparación con la media del mismo período entre los años 2015 y 2019 muestra bien la magnitud de la grieta: en la capital, Roma, las muertes han disminuido aproximadamente en un 10 %, mientras que en Milán se han casi duplicado y en Bérgamo aumentaron en un 567.6 %. Las actividades se están reiniciando gradualmente y la incertidumbre de lo que pueda pasar en los próximos meses sigue siendo grande, tanto en términos epidemiológicos como económicos.

Para concluir, propongo una última pregunta: ¿qué pasará después de que desarrollen la vacuna? ¿Queremos reanudar la vida pre-pandémica “normal”? El marco esbozado aquí resalta la presencia de contradicciones sociales (considerando la creciente desigualdad en la distribución de la riqueza) y ambientales que hacen necesario un replanteamiento del sistema económico hacia una transición ecológicamente sostenible y socialmente más justa. Esta necesidad era ya bien reconocida por los economistas ecológicos y otros académicos mucho antes de la pandemia del SARS-CoV-2. Por ejemplo, un estudio recientemente publicado en *Nature Sustainability* (D’Alessandro

et al., 2020) muestra la importancia de introducir políticas sociales activas radicales (como la reducción de horas de trabajo, planes de empleos públicos con fines sociales y medioambientales, impuestos a la riqueza, entre otros) junto con políticas ambientales que busquen reducir las emisiones y, al mismo tiempo, mejorar la distribución de ingresos y empleo, incluso en un contexto de decrecimiento económico. Este ejemplo puede ser una inspiración para guiar el proceso de transformación que las economías deberán enfrentar en este período de recesión. Las grandes crisis, por desagradables que sean los daños que causan, pueden ser también oportunidades de transformación. El período actual puede representar uno de esos momentos históricos de inflexión en los que la sociedad puede estar dispuesta a abandonar la ilusión de que el crecimiento económico infinito en un mundo limitado sea posible y deseable. Para esto se requerirá un esfuerzo político e imaginativo para diseñar un mundo en el que la humanidad logre vivir de un modo más armonioso a nivel social y más respetuoso con las otras especies vivas. La historia nos enseña que no aprendemos de ella, pero también que los grandes cambios son posibles.

## Referencias

1. D'Alessandro, S., Cieplinski, A., Distefano, T., & Dittmer, K. (2020). *Feasible alternatives to green growth*, Nature Sustainability, 1-7.
2. Futowicz, S. and J. Ravetz (1994). The worth of a songbird: Ecological Economics as a post-normal science. *Ecological Economics* 10(3), 197-207.
3. Georgescu-Roegen, N. (1971). *The Entropy Law and Economic Process*, Harvard University Press.
4. Quammen David (2012). *Spillover*, Adelphi.
5. Polanyi K. (1944 [2010] ed. ita.). *La grande trasformazione*. Einaudi Editore.

